



Felipe Van der Huck

FOTOGRAFÍA
Y SOCIEDAD

Duportly & Sons Bogotá-
COLOMBIA.

Cada tribu guarda sus secretos. Y dispone también de conjuros. Así, cuando la de los sociólogos quiere reclamar para sí sabiduría y distinción, suele hablar de “construcción social”, como quien descubre un misterio para todos oculto. Trátese de lo que se trate, el sociólogo acudirá al conjuro para darle a entender a los no entendidos que el mundo es contingente, que su forma no es natural y que, por lo tanto, es una “construcción social”. La fórmula, como los conjuros, tiene algo de mágico.

El sociólogo queda como una persona muy inteligente, de opiniones opuestas al (despreciado) sentido común, un rebelde que revela la farsa de nuestras creencias más queridas. Poco importa que el sociólogo, como ocurre en la mayoría de los casos, sepa muy poco de lo que está hablando: la fórmula mágica ejerce su poder encantador.

Otra tribu es la de los artistas. Ellos también parecen tener una misión: enseñarle a los no entendidos cuán ordinaria es su apreciación de la belleza. El artista se encargará entonces de glorificar su don: el de la creación, pero también el de la apreciación legítima y el del (buen) gusto. Las formas del arte son oscuras para el ojo profano e insensible del hombre común.

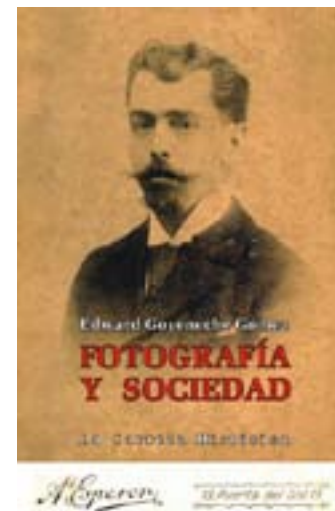
No es raro, pues, que entre estas dos tribus existan no pocas suspicacias. Los primeros reprocharán a los segundos su elitismo cultural, y recordarán a cada instante que el arte, la estética y el gusto son “construcciones sociales”. Los segundos, a su vez, harán ver a los primeros cuán limitada y pobre es su mirada del arte, sobre todo al considerar como accesorios los problemas del estilo, la forma, la composición, etc.

De hecho, a cada grupo le cabe algo de razón. Los sociólogos solemos hablar de lo que no conocemos. Así, sólo por dar un ejemplo, puede ser que nunca leamos una novela ni nos ocupemos del uso

del lenguaje, todo quedará resuelto diciendo que la literatura es una “construcción social”, y, en el peor de los casos, un “testimonio de la realidad”. Por su parte, es cierto que los artistas o aficionados al arte olvidan con demasiada frecuencia que sus gustos no son una creación divina, sino una disposición adquirida.

Fotografía y sociedad, del comunicador y sociólogo Edward Goyeneche, es uno de esos raros trabajos que intenta pensar en la relación entre arte y sociedad más allá de estas posturas. O, en otras palabras, es uno de esos raros trabajos que toma en serio al mismo tiempo aquello del arte como construcción social y como objeto sensible. Para ello, el autor acude a la que es tal vez la mejor vía: la del análisis empírico de un problema de investigación, definido de manera controlada y haciendo uso de una cierta orientación teórica.

Digamos, de manera amplia, que el libro trata el problema de los *usos sociales de la fotografía*, es decir, del modo en que, en una sociedad determinada, se ejerce una práctica cultural que reúne al mismo tiempo elementos económicos y artísticos, y que hace entrar en relación a comerciantes, intermediarios, fotógrafos, clientes, etc. A través del análisis de la *fotografía de estudio* tal como se practicó en el Valle del Cauca durante el último tercio del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, Edward Goyeneche, quien ha trabajado como fotógrafo en documentales y exposiciones,



Edward Goyeneche Gómez, *Fotografía y Sociedad*. Medellín, La Carreta, 2009, 235 pp.

'CORREO DEL CAUCA'

CALI



Doctor Ignacio Palau, fundador y
Director del Correo del Cauca.



Señor Ricardo Velásquez J.
Gerente de la Empresa del
Correo del Cauca.

Diario editado
por la firma
**PALAU,
VELASQUEZ
& Co.**



Señor Francisco A. Palau, de
la redacción del
Correo del Cauca.

hace observaciones sugerentes sobre la relación entre fotografía y sociedad, cada una de las cuales corresponde a un capítulo del libro.

Una de ellas, por ejemplo, es la que se ocupa de los aspectos comerciales de la fotografía, su relación con el trabajo práctico de los fotógrafos y los resultados de esa labor, es decir: las fotografías de estudio consideradas como objetos artísticos. El autor muestra, en este caso, la importancia de los aspectos técnicos del oficio -uso de aparatos, químicos, papeles, etc.- en el ejercicio del mismo y en la socialización de un cierto *modo de ver*, es decir, de un cierto modo de apreciar y asignar valor y significado a las fotografías de estudio. De esta manera, el lector descubre cómo pueden establecerse conexiones entre aspectos que, observados desde el conjuro de cada una de las tribus -fotógrafos, artistas y sociólogos-, parecerían en principio extraños: el comercio y la estética, la técnica y la mirada.

En el camino emprendido por Edward Goyeneche, la observación sobre el espacio del estudio como lugar central en la producción de las fotografías adquiere también importancia. Cómo se establecía una cierta división del trabajo dentro de él, de qué manera se disponían y usaban los objetos, cuáles eran las poses utilizadas, etc., son elementos que aparecen en el análisis y que revelan, una vez más, cómo el objeto sensible *fotografía* lleva en sí una relación material, relación en la que participaban, entre otros, los fotógrafos y sus clientes, reunidos en ese espacio social llamado *estudio fotográfico*.

Una última observación en la que repara el trabajo de Edward Goyeneche es propiamente la de los usos sociales de la fotografía. Aquí el lector se encuentra con un análisis sobre sus usos familiares, políticos y económicos, por ejemplo cumpliendo funciones de integración social, de representación del prestigio y de las jerarquías sociales, así como de valores asociados al género o a las identidades políticas y profesionales. Al final, el libro incluye un apéndice dedicado al álbum fotográfico de Arthur Weinberg, un emigrado



Doctor Alberto Paliza, de la redacción del *Correo del Cauca*.



Doctor Alfonso Paliza, de la firma *Paliza, Velásquez & Co.*, editores propietarios del *Correo del Cauca*.



Señor Eduardo Paliza B., de la firma *Paliza, Velásquez & Co.*



alemán que llegó al Valle del Cauca huyendo de la guerra en la década de 1930.

Fotografía y sociedad es un libro recomendable por varias razones. Además de los aspectos mencionados, el lector puede apreciar algunas de las fuentes primarias con las que trabajó el autor, fuentes que se presentan como soporte del análisis y no como simple decorado. Asimismo, hay una revisión detallada de los estudios sobre fotografía realizados en Colombia y una bibliografía bien elegida. Desde luego, como sucede siempre en los trabajos de ciencias sociales, el libro tiene algunos defectos. Es el caso, nos parece, de un cierto “lenguaje sociológico” que se repite más de lo necesario y le resta claridad a la exposición, lo que a veces nos hace sospechar de su carácter de “conjuro”. O también, la sensación de que si el autor se hubiera concentrado en menos cosas, habría logrado mejores resultados. Pero esto júzguenlo ustedes mismos.

Felipe Vanderhuck es profesor, de momento retirado. A la fecha tiene 33 años y reside en Alemania dónde realiza una temporada de estudios. Es sociólogo de profesión y caleño de pura cepa aunque su apellido despiste y haga creer lo contrario.

